

OPINIÓN

A 50 años del origen de la salmonicultura en Chile: Pensar el futuro con responsabilidad



Ximena Solís Pradenas
Líder de Asuntos Públicos de AquaChile

Hay hechos que son innegables. Uno de ellos es el crecimiento de la salmonicultura en Chile y su enorme contribución al dinamismo económico de las regiones del sur austral. Durante las últimas décadas, esta industria ha transformado profundamente territorios, como Los Lagos, Aysén y Magallanes, generando empleo, impulsando proveedores locales, fomentando infraestructura y abriendo oportunidades en zonas donde antes eran escasas.

Sin embargo, a cincuenta años de sus orígenes, la discusión ya no debería centrarse únicamente en su impacto económico. La verdadera pregunta es cómo proyectar el futuro de esta actividad en un contexto donde la sostenibilidad dejó de ser una aspiración y pasó a convertirse en una condición de legitimidad.

Los inicios de la acuicultura en Chile estuvieron marcados por limitaciones propias de una industria emergente: marcos regulatorios en desarrollo, aprendizajes técnicos y desafíos ambientales que fueron moldeando su evolución hasta convertirla en una de las actividades productivas más relevantes del país. Precisamente por eso, mirar el futuro exige reconocer tanto los avances alcanzados como los desafíos pendientes.

En tan sólo dos meses, tres grandes encuentros ligados al sector —AquaSur, Aquaforum y Summit del Salmón— han puesto nuevamente en el centro del debate el impacto económico y social de la salmonicultura en Chile. Con distintas miradas y matices, todos coinciden en un punto esencial: el desafío ya no es sólo crecer, sino proyectar un desarrollo sostenible y de largo plazo.

El foco hoy debe estar en fortalecer la cadena productiva local y profundizar el vínculo con los territorios. Eso significa impulsar más emprendimiento regional, más innovación, mayor transferencia tecnológica y mejores oportunidades para proveedores y trabajadores del territorio. También implica entender que el crecimiento solo será sostenible si logra equilibrarse con la protección de los ecosistemas marinos.

Y es precisamente ahí donde la discusión adquiere una dimensión global. Uno de los mayores desafíos que enfrenta la humanidad es la seguridad alimentaria. Las proyecciones indican que hacia 2050 la población mundial podría superar los 9.300 millones de personas, aumentando de forma significativa la demanda por alimentos saludables y sostenibles. En ese contexto, los océanos tendrán un rol estratégico.

A medida que la agricultura tradicional enfrenta límites cada vez más evidentes debido al cambio climático, la escasez de recursos y la degradación ambiental, la acuicultura aparece como una alternativa clave para alimentar al mundo. Y dentro de ella, la salmonicultura destaca por su eficiencia en conversión alimenticia y su capacidad de producir proteína de alto valor nutricional.

El salmón de cultivo destaca por su baja huella de carbono, su eficiente conversión alimenticia y su alta retención de proteína, transformándose en una fuente alimentaria con gran potencial para responder a las necesidades futuras de la población mundial de manera más sustentable. En este escenario, Chile tiene un rol estratégico. Sus condiciones geográficas y ambientales permiten el desarrollo de una actividad acuícola competitiva a nivel internacional. Pero esa ventaja también implica una enorme responsabilidad. Los océanos son esenciales para la vida y hoy enfrentan amenazas evidentes: contaminación, pérdida de biodiversidad, sobreexplotación y los efectos cada vez más intensos del cambio climático.

La salmonicultura del futuro no puede entenderse separada de la sostenibilidad. Como productores de salmón, entendemos que el futuro de la salmonicultura depende de océanos limpios y saludables, donde su protección y cultivo son acciones que se ejercen unidas. Para tener peces saludables, necesitamos océanos saludables.

Si logramos proyectar esta industria con responsabilidad, innovación y una mirada territorial de largo plazo, el beneficio será doble: contribuir a la alimentación del mundo y, al mismo tiempo, seguir impulsando el desarrollo económico y social del sur austral, generando empleo, oportunidades y crecimiento incluso en territorios históricamente aislados.

Porque el futuro de la salmonicultura no se medirá solo en cifras de crecimiento, sino también en la capacidad de compatibilizar desarrollo, protección ambiental y legitimidad social en los territorios donde opera.